REYNIER ÁVILA PEÑA
Universidad de Guantánamo
Guantánamo, Cuba
ravila@fcs.cug.co.cu

Inmigración haitiana en El Columpio de Rey Spencer

Introducción

Los fenómenos migratorios son un hecho social en la historia de la humanidad, desde épocas antiguas los hombres han tenido la necesidad de trasladarse de un lugar a otro en busca de solucionar sus problemas, muchos lo hicieron por comida, nuevos espacios para colonizar, generalmente estas migraciones tienen como causa más frecuente la económica. Esta situación ocurrió, ocurre y seguirá ocurriendo en el área del Caribe. Ese es el sentido de este trabajo, mostrar cómo sucedieron estos procesos hacia Cuba, las penurias que sufrieron estos grupos de afroantillanos en busca de supuestas mejoras económicas, sólo me centraré en los haitianos por ser el grupo más desposeído en estos procesos migratorios. La inmigración antillana en Cuba comienza su historia en las tres primeras décadas del siglo xx, siendo considerable la entrada de haitianos en relación con la de jamaicanos en calidad de braceros empleados como fuerza de trabajo en el sector azucarero y cafetalero de la zona oriental del país principalmente. Surgen así las llamadas "haitianadas" como se les denominó peyorativamente, las que partían desde la costa sur de Haití hacia la costa sur oriental de Cuba. Este tráfico de braceros entre Haití y Cuba estuvo controlado por contratistas haitianos que eran utilizados por las compañías norteamericanas, quienes veían en estos hombres y mujeres mano de obra barata y disponible a sus intereses.

Desarrollo

La novela *El Columpio de Rey Spencer* de la escritora cubana Marta Rojas es la que me ocupa en cuestión, esta se convierte en una re-escritura de la historia e identidad cubana, además de reinscribir en su discurso a la Otra parte, es decir, la cultura o identidad cubana de la Otredad. Se construye a partir de una historia olvidada que aparece en la pantalla de una computadora, cuyos personajes han sido silenciados por el discurso oficial imperante, estos son los huéspedes no bienvenidos de la Estación Cuarentenaria o de Cuarentena de Cayo Duan en la bahía de Santiago de Cuba: emigrantes afro-antillanos de principios de la década de 1920 que vinieron a la isla a trabajar en los campos de caña de azúcar y su descendencia en Cuba:

> *… los niños del Cabo hacían burlas a los antillanos imitando su jerga; los más listos los identificaban y diferenciaban enseguida: "Esos son jamaicanos… esos son haitianos", decían con sorna, remedando a algunos de sus mayores. "Pero los haitianos no entran por aquí nunca", dijo un hombre, y el barbadense que lo escuchó le salió al paso: "Pero estos sí, porque mi barco tiene su propia ruta", le dijo.*[1]

Evidentemente si en este análisis me estoy refiriendo a la presencia haitiana no puedo dejar de mencionar el vodú como manifestación religiosa transplantada al Caribe, principalmente a Haití, en la obra la autora nos describe en algunas ocasiones dicha manifestación religiosa:

> *Un toque impresionante de tambor los impresionó a los tres. Los haitianos levantaron cuatro astas de palo como cuatro pilares, elevándolos simbólicamente al cielo, eran los* ***poteaumitan*** *con que lograban la comunicación de las fuerzas terrenales con el más allá y rogaban mediante la deidad – el loa – vodú al Dios Todopoderoso supraterrenal, por la solución de sus problemas.*[2]

Desafortunadamente aparecen también algunos elementos que van indicando a estos inmigrantes que la tierra prometida no es un Dorado, más bien se convierte en una pesadilla con el brutal asesinato del joven haitiano Ercís Didit, a manos de un oficial de la marina alimentado por el odio y la ignorancia:

> *Abordaron la goleta y se hizo silencio. Habían subido portando sendos fusiles Springfield. El Sargento fue tajante:*
>
> *"¡Ercís Didit, preséntese!", ordenó. El haitiano al oír pronunciar su nombre se acercó a los marineros. "¡Te vas conmigo, yo sé que mataste al niño por cuestión de brujería!", afirmó con desprecio el sargento, que se llamaba Terán Quintanilla. Enseguida intervino el Patrón para explicar la realidad de los hechos; también lo hicieron Tito Ojeda y los demás puertorriqueños, en virtual desafío a la autoridad. Los demás pasajeros atónitos, sin entender nada, a excepción de Clara Spencer, hablaban airados entre ellos. Manuel Mir insistió. Le dijo al Sargento que tenía que llevar a Didit a Santiago porque lo había embarcado en Haití con sus papeles en regla, contratado para el central Jaronú y que lo esperaban en Cayo Duan con los otros. El Sargento exigió que le mostrara los documentos del haitiano; el Patrón los fue a buscar y se los trajo. Terán Quintanilla les pasó la vista sin interés, leyendo sólo el nombre y los rompió. Se rió con burla y le dijo a Manuel Mir: "Señor Patrón, ya Ercís Didit no tiene ningún documento que lo ampare, es un sujeto ilegal e indeseable, un polizón asesino. Le aconsejo que se calle. No se puede de ninguna*

[1] Marta Rojas: *El columpio de Rey Spencer*, p. 26.
[2] Ibid., p.50.

forma llevar a bordo a un negro así, sin papeles, ni a los de la contrata para el central americano". Su cinismo desmoronó al Patrón. Terán Quintanilla le amarró las manos al haitiano y se lo llevó empujándolo a culatazos hasta la popa. Ercís Didit iba clamando: "¡Justicia, justicia!" en lengua ***créole****, pero Terán le disparó a boca de jarro con el fusil en la nuca. Y lo echó al mar.*[3]

Se confirma nuevamente esta pesadilla cuando ocurre el confinamiento en la Estación de Cuarentena de Cayo Duan, enfatizando de esta manera el fin de la ilusión de la tierra prometida por el trato deshumanizado con que son recibidos:

En ese momento el doctor le oyó decir en tono grosero al Teniente de Marina al frente de la Estación, que salieran de la puerta esos negros "apestosos", y para darle un escarmiento, desautorizándolo, aunque fuera sólo delante del practicante, el galeno dijo en tono autoritario, dirigiéndose a aquel Teniente: "¡Aforado! ¿por qué demora la entrada de mis pacientes?"[4]

En efecto, no solo fueron despojados de su dignidad humana, también fueron acusados de introducir terribles enfermedades, y si no fuera poco todo esto serían robados inescrupulosamente por los funcionarios de inmigración, exigiéndoles dinero a los pobres inmigrantes y siendo objeto de la furia racista por parte de los marineros ebrios que pretendían quitarles su única posesión que podría quedarles: la vida. Esto se observa claramente en la masacre sangrienta de algunos de los viajeros de la goleta Elizabeth en la primera noche en la Estación Cuarentenaria de Cayo Duan por los mismos marineros cubanos designados para protegerlos.

Luego vino el tiroteo a diestra y siniestra, el desenfreno de los custodios con sus armas de fuego y la provocación a los antillanos minimizando su hombría con actos obscenos y pinchándolos con la punta de las bayonetas, amenazándolos con matarlos a todos para alimentar a los tiburones, "aunque ni a los tiburones les gusta la carne prieta", decían. Casi ningún antillano los entendía de palabras, pero los gestos y las acciones criminales fueron interpretados como una matanza premeditada. Al día siguiente dijeron en Santiago que el tiroteo se había oído hasta en la Alameda, pero ninguna autoridad se dirigió a la Estación para ver que estaba ocurriendo.

Por parte de Tito Ojeda, el puertorriqueño, y de Juan Solón, el haitiano, hubo intentos de capturar un bote y buscar auxilio en la ciudad, pero los marineros se les adelantaron en la huida.[5]

El haitiano despojado hasta cierto punto de su verdadera identidad como sujeto, al agruparse en las comunidades, se auxilia de un elemento unificador como lo es la lengua, excelente vehículo de comunicación que proporciona autenticidad al individuo y al grupo, enraizando sólidamente los rasgos que unen a la comunidad. De tal manera, la historia, su lengua materna empleada con familiares y amigos, el estilo de vida, las tradiciones, las costumbres, la forma de comunicación, el comportamiento, las relaciones sociales y la religión entre otros, fueron elementos que los grupos de haitianos utilizaron en términos identitarios. Esto les permitió sostener una identidad entre sus miembros y, a su vez, constituir elementos de alteridad al proporcionar la diferenciación como medio de reafirmación o autodefinición de sí mismos:

Lorvaniz Pierre cocinaba un atol a base de harina de maíz y leche, bastante licuada, que en ***créole*** *le dicen* ***acasán.*** *A Andrés le gustaba mucho porque ella lo enseñó a comerlo por las mañanas, como también le gusta el arenque y el* ***bouillon*** *con cabeza de chiva, un sopón que Lorvaniz cocinaba. Me di cuenta dónde el Jabao aprendió el* ***créole****, o la base de esa lengua: fue en la casa de Lorvaniz Pierre porque ella me lo "robaba" horas y horas. Nunca había tenido hijos y le gustaban mucho los niños. Todavía me acuerdo de una balada o un lamento que cantaba Lorvaniz. Ella decía que se lo había compuesto una sobrina llamada Martha, también oriunda de Haití, que ahora es famosa en el canto* ***créole*** *y en la composición musical.*[6]

Otro elemento a destacar es que este grupo tenía un nivel de instrucción muy bajo y con un elevado porciento de analfabetos:

Lorvaniz Pierre no sabía leer ni escribir, como casi ninguno de los braceros haitianos y sus familias en esa época y cuando podían ahorrar unos centavos se los llevaban al Cónsul de su país- así hacían muchos-, quien depositaba el dinero a su nombre en el Banco.[7]

Los funcionarios representantes de los gobiernos de Jamaica y Haití no sostuvieron igual actitud ante los ciudadanos de sus respectivos países que emigraron a la isla. Si bien los primeros mantenían cierta preocupación por los jamaicanos, expresada en las visitas periódicas, solicitud de informes con regularidad; los segundos nunca se preocuparon ni mantuvieron la más mínima atención:

---

[3] Marta Rojas: *El columpio de Rey Spencer*, pp. 51-52.
[4] Ibid, p. 66.
[5] Loc. Cit., p. 79.
[6] Op. Cit., Marta Rojas, p. 132.
[7] Marta Rojas: *El columpio de Rey Spencer*, p. 132.

El sagaz Solón, que tenía unos pocos pesos ahorrados, se compró un papel que vendía el Cónsul Clermont para que no lo repatriaran porque él había hecho familia en Cuba; pero como su intermediario le dijo que el señor Cónsul de Haití, amparado por aquel medio corrupto de la primera república, también vendía papeles por repatriar a la fuerza a sus paisanos, decidió internarse en el monte y no se supo de Juan Solón hasta después de casi veinticinco años, cuando el terrible huracán lo sorprendió en el sitio de Pinalitos, salvándose de milagro; ni dos de sus hijos, que habían sido guerrilleros del 26 de Julio, habían podido convencer hasta entonces al haitiano para que bajara alguna vez al pueblo.[8]

Ya una vez instaurados en Cuba la presencia de estos inmigrantes se hace sentir en diferentes manifestaciones de la vida cotidiana, sus valores, normas, actitudes creencias, idiomas, costumbres, ritos, hábitos, capacidades, educación, moral, arte, sus vestimentas, obras de arte, herramientas, etc. Los mismos son aprehendidos, compartidos y transmitidos de una generación a otra por los miembros de una sociedad, que todavía perdura:

Vivíamos cerca de la Tumba Francesa y yo iba frecuentemente a ver bailar al estilo de las culturas africanas del Congo y del Dajomé, imbricadas con la cultura francesa, versallesca. Allí Consuelo Dangel, ***Tecla****, la Reina cantadora de la Tumba, que había nacido en Buenavista y ahora tenía treinta años, me invitó a danzar en la hilera de bailarines negros, casi todos descendientes de haitianos, y el coro bailaba en cadena; aprendí las dos cosas y llegué a cantar en esos días con José Batalla, muy famoso.*

"Me siento prestigiada por la invitación de la Mayora de la Plaza", le dije a mamá, porque en Los Hoyos se sabía que a la Sociedad de la Tumba Francesa pertenecieron negros y mulatos, patriotas insignes como los Maceo, Guillermón Moncada, Quintín Bandera… y algunas calles de Santiago, de las más populares que nacían en Los Hoyos, llevaban los nombres de esos patriotas tan renombrados.

Recuerdo perfectamente que la primera vez que fui con mi Robert a la Tumba, enseguida puso sus manitos sobre los cueros de las tumbas, el catá y la tambora, y la Mayora de la Plaza le hizo dar pasitos con ella. Él llevaba de maravillas el ritmo, y se aplaudía cuando la Mayora lo soltaba: Mi hijo ¡era un primor! [9]

Este proceso de asimilación- transculturación que en sus inicios fue de carácter espontáneo continúa después de 1959. El proyecto humanista y de base social de la Revolución Cubana adopta estrategias de integración que benefician a los sectores y clases más desposeídos, tales como programas de educación y salud, medidas para la preparación laboral, una nueva política comunitaria, entre otros. Esto conllevó a un reconocimiento de las comunidades haitiano- cubanas como parte de nuestra historia y cultura. El haitiano ya no es visto como un objeto económico, sino como un sujeto partícipe de nuestra sociedad cubana. Es por ello que no ha de extrañar que su adaptación al contexto social cubano más que una ruptura haya constituido un reforzamiento a su espiritualidad ancestral:

El SAS se basaba en la inserción de los resultados del escrutinio de la localización y censado de los antillanos residentes en el país, mayores de sesenta años, para otorgarles pensiones vitalicias, después del ciclón aquel, e incluso comprendía la creación para ellos de hogares de ancianos donde la música y el canto de los viejos inmigrantes perviviría, y sería transmitida a los "pichones" de haitianos y a los cubanos en un espontáneo y auténtico camino de transculturación que había empezado hacía más de un siglo.

(Sistema de Atención Social)

La verificación de la información para el almacenamiento definitivo de los datos que garantizarían la humanitaria y singular medida de amparo la conduciría a la pista de los Spencer, y aunque la mayoría de los antillanos que habían permanecido en suelo cubano después de las repetidas repatriaciones forzosas quedando apenas sin sustento económico, hasta envejecer en la miseria, eran haitianos, los demás corrieron suerte parecida.[10]

De esta manera la Revolución Cubana se convierte en un proceso con una carga inmensa de humanismo y equidad social, donde todos están incluidos sin importar razas o credos.

Conclusiones

La novela se convierte en una denuncia contra todos los crímenes cometidos a los inmigrantes antillanos, pues aquí, se saca del mutismo a miles de personas con voz propia y se recobra el aporte de los grupos minoritarios

[8] Ibid., p. 163.
[9] Ibid., p.121.
[10] Op. Cit., Marta Rojas, pp. 156-157.

que llegaron de fuera de Cuba, nos legaron el biculturalismo y el bilingüismo propio de ellos, que conviven con el resto de la población donde trabajan y se reproducen biológica y socialmente.

Las manifestaciones haitianas se asumen tal cual son, como un elemento más de identidad nacional, la huella cultural de estos inmigrantes y sus descendientes, a pesar de la discriminación y el grado de explotación a que fueron sometidos está presente en el contexto cultural cubano, la convivencia, el trabajo y las vicisitudes comunes operaron como un crisol donde lograron fundirse expresiones culturales diversas.

A mi entender la novela tiene una actualidad inmensa, pues en un mundo donde la violencia y el odio hacia los inmigrantes se hace cada vez más fuerte, debemos buscar vías para evitar que se produzcan genocidios, solo por el hecho de no haber aprendido a aceptar la diversidad de pensamiento, conviértase pues este trabajo en un pequeño homenaje a ese pueblo, al cual nos unen raíces comunes: Haití.

Bibliografía

- D. Birmingham—Pokorny, Elba: "Re-escribiendo la Historia y la Identidad Cubana, la Legitimación del Amor, y el Otro, la novela *El columpio de rey Spencer*, de Marta Rojas", en http://afrocubaweb.com/martarojas/columpio.htm. Revisado el 23/06/010.
- El Vodú. Material de Internet. Revisado el 22/06/010.
- Jiménez Duharte, Rafael y Elsa Santos García: *Hombres y Dioses. Panorama de las religiones populares en Cuba*. Stgo de Cuba, Editorial Oriente, 1999.
- Padrón Carlos: *Franceses en el Suroriente de Cuba*. 2da ed. Ciudad de La Habana, Ediciones Unión, 1997.
- Pichardo, Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba.* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, t.2.
- Rojas, Marta: *El columpio de Rey Spencer*. 2da ed. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1996.
- Sevillano Andrés, Bernarda: *Trascendencia de una cultura marginada. Presencia haitiana en Guantánamo.* Guantánamo, Editorial El Mar y la Montaña, 2007.